

lo hendió hasta los dientes, é dió con él muerto en tierra. E por aquel golpe le conocieron. E dejáronse ir á él todos cuatro, é aquellos dos vizcondes herieronle el caballo de manera que gelo mataron; é Sitar de Montebelian dióle por el espalda diestra tan gran herida, que todo el fierro de la lanza metió por él; mas Folguer Ubert le dió una lanzada por entre amas las espaldas, que gela sacó por los pechos bien un cobdo, é fuéronle luego abrazar él é los otros así, que dieron con él é con el caballo en tierra; mas Folguer Ubert descendió el primero, é trabó por los cabellos, que traía muy luengos, é cortóle la cabeza con su espada mesma, é atóla al arzon de la silla del su caballo, é despues dijo á grandes voces: «Par Dios, don Soldan, comprado habeis la soberbia é el orgullo del gran soldan de Persia, vuestro tio; é bien entiendo que habrá muy gran pesar cuando esto supiere.» Cuando esto hobo dicho, cabalgó él é los otros que le ayudaran, é comenzó á decir: «Herid los que vencidos son, pues muerto es el Soldan, su señor.» Cuando esto oyeron los moros, hobieron muy gran pesar, é cercaron á los cristianos de todas partes, é comenzáronlos á herir muy de récio. E si no fuera por la gran bondad que había en los cristianos, que puñaban en se defender cuanto podían, todos fueran muertos.

CAPITULO XLV.

Cómo Tranquer fué en el alcance, é cómo vino, é desbarataron á los otros moros; é cómo enviaron la cabalgada á la hueste, é cómo se pusieron en celada.

No cesó de seguir Tranquer, así como ya oistes, gran pieza en el alcance en pos de los moros que vencieron la primera batalla, é ganó muy gran haber á maravilla en caballos é en armas é en otras riquezas que levaban aquellos moros en pos de quien fuera. E él, que se tornaba mucho alegre, con toda aquella ganancia para sus compañeros, cuando fué cerca de aquel lugar, oyó las voces é el ruido de los golpes que se herian, é tornóse á los suyos é comenzólos de acabillar, diciéndoles que fuesen en uno; que él entendía que los cristianos habían batalla con los moros, é que allí habían menester que procurasen de ser buenos, de manera que si muriesen, que hobiesen que hablar dellos. E diciéndoles esto é otras muchas razones, con que los conhortaba, prometiéndoles que siempre les haría bien á los que allí buenos fuesen. E mandóles que se non parasen á herir en los moros, mas que en todas maneras trabajasen de pasar por ellos é de volverlos todos; porque, segun los moros eran muchos é ellos pocos, de otra manera non los podrían vencer. E ellos hicieronlo así, é guiólos Dios en tal manera de aquella ida, que Boymonte é los otros que estaban en la otra batalla arremetieron con los moros é leváronlos vencidos hasta allí do estaba Tranquer, que los halló desaparecidos. E él é los suyos hirieronlos tan de récio, que derribaron é mataron muchos dellos. E Tranquer mesmo mató á un soldan de los mejores que hí había, que decían Aser, é Boymonte mató otro soldan. E entonce los moros, cuando vieron los caballos muertos, é que los cristianos los herian de todas partes, creyeron que les venia socorro, é comenzaron á foir; así que, los unos dejaban caer las lorigas é los perpuntes que traían vestidos, é los otros

los arcos é los carcajes, é aun muchos dellos echaban las sillas é fuían en cerro. E los cristianos iban en pos dellos, feriendo é matando en ellos de guisa, que murieron aquel dia mas de cincuenta mill moros de pié é de caballo. E murieran todos, sino porque los caballos de los cristianos eran feridos é cansados é non podían correr. E por ende, fué el alcance pequeño é hobiéronse de tornar á sus posadas. Otro dia en la mañana tornaron á buscarlos, é fallaron muchos dellos por esas montañas, que estaban escondidos, é matáronlos todos; é viniéronse para las posadas do tenían sus tiendas los moros, que eran mas de diez mil, é tomáronlas todas; é el tesoro é riqueza que allí hallaron, que era muy grande á maravilla, de oro é de plata é de paños é de seda é de otras cosas muchas é muy preciadas, é de caballos é muchas mulas é mulos é otro ganado, tanto, que apenas tenía cuenta. E desde todo fué partido, segun Boymonte é el conde de Flándes é Tranquer volvieron por bien, no hobo en toda la hueste hombre tan pobre, que non fuese rico con aquello que le cupo en su parte. E despues que esto hicieron, mandaron que todos los búfanos é los hveys é los camellos é todas las otras bestias, tan bien de silla como de albarda, sacando los caballos, que todos los otros cargasen de trigo é de farina, é que los levasen á la gran hueste que tenían cercada á Antioca, que había de allí do ellos estaban trece leguas. E otro dia llamó Boymonte á Tranquer, su sobrino, é al conde de Flándes, é á Richarte del Principado, é á Guarín de Leonis, é á Ruberte de Sordasvalles, é á Guarín de Vermades, é á Archualt de Racinas, é al conde de Genova, é á Giralt (1) de Rosillon, é á Jufre, é sacólos á una parte é dijoles: «Si vos lo tuviédes por bien, paréeme que sería bien que enviásemos todo lo que ganamos en esta cabalgada á la hueste; é los enfermos é los heridos é los cansados, é otrosí los que andan enojados, guiarlos ha don Gaston de Bearn é el obispo don Juan, é Diago de Monte Miral, é Enrique de Orlienes, é el vizconde de Flores, é Guillen el Carpenter; é nos irémos con toda la otra gente contra la cibdad de Antioca, é meternos hemos en celada cuanto á una legua, é correr los hemos lo mas cerca que pudiéremos. E por aventura querrá Dios que aquellos moros que tan locamente salen les farémos algun daño. E á este consejo se acordaron todos, é luego enviaron por don Gaston é por los otros que oído habeis, ó rogáronles que levasen la cabalgada á la hueste. E fueron con él aquellos que ya oistes; é Boymonte é todos los otros movieron, é guiólos Pedro de Roax entre dos montañas, por un valle do había unas huertas mucho espesas, é fueron bien siete mil hombres á caballo. E fizolos allí estar toda la noche, é otro dia de mañana comenzó á hacer niebla mucho espesa, é tovo por bien el adalid que se acercasen mas á la villa, é tanto los acostó á ella, que cuando fué quitada la niebla, halláronse en las barreras de Antioca; pero quiso Dios que llegaron á muy buen tiempo, que los moros salieran toda aquella semana á la parte do posaba Boymonte é el conde de Flándes é los otros que fueran en aquella cabalgada, é habían siempre hecho daño á los cristia-

(1) En la pág. 16, Guirart.

nos. E aquel dia esforzáronse mas, é levaron muchos peones, é quebrantaron aquellas posadas, é rompieron la tienda del conde de Flándes, é mataron dentro en ella dos caballeros é cuatro sirvientes; é otrosí mataron un caballero del obispo de Puy, que era cabdillo de su compañía, é otros muchos hombres que hí fueron muertos é llagados. E en tanto que ellos los estaban así matando, llegaron Boymonte é los otros que venían con él, é metióronse entre ellos é la villa. E los moros, cuando esto vieron, comenzáronse de acoger á Antioca, é los cristianos los siguieron tanto, que entraran con ellos por medio de las puertas, sino porque las hubieron cerrar. E los que quedaron de fuera cogiéronlos en medio de la una parte los de la hueste, é de la otra los que venieron de la cabalgada, é matáronlos á todos, que no escapó ninguno á vida. E fueron bien diez mil moros ó mas, é ganaron muy gran riqueza, con que se tornaron para sus posadas. Mucho fueron bien andantes los cristianos de la hueste que estaban sobre Antioca, é los otros que venían de la cabalgada, cuando vencieron á los moros é los encerraron por las puertas de la villa. E todo el haber que ganaron en la cabalgada, é lo que ganaron los de la hueste, partiéronlo entre sí, en tal manera, que los que quedaron en la hueste hobieron parte de lo que ganaron los de la cabalgada, é otrosí los que fueron en la cabalgada hobieron parte de lo que ganaron los de la hueste. E desde fué la particion hecha, é fueron todos pagados, tomaron su acuerdo cómo se guardasen bien é posasen unos cerca de otros; é fortalecieron sus posadas de manera, que si los de la villa saliesen á ellos ó les llegase de fuera acorro, que se pudiesen defender de todos; así que, cuando algunos fuesen en cabalgada, que los que quedasen en la hueste estuviesen en salvo; é otras muchas cosas pusieron entre sí porque mejor acabasen aquello que comenzaron. E como quier que ellos hobieron gran placer por la buena andanza que hobieron, de otra parte hobieron pesar por un caballero que llamaban Rinalte Porcellet é dos hijos suyos é un su sobrino, que perdieron aquel dia, é pensaban que eran muertos, mas non fué así, así fueron presos dentro en la cibdad de Antioca, así como adelante oiréis.

CAPITULO XLVI.

Cómo Rinalte Porcellet é dos hijos suyos entraron en la cibdad á vuelta con los cristianos, é de lo que hicieron antes que los prendiesen.

Un caballero que había nombre Rinalte Porcellet é dos hijos suyos é un su sobrino non fueron en la cabalgada con los otros que ya oistes, mas quedaron en la hueste, é acaesció que cuando vieron que todos los de la hueste iban contra los moros, fueron ellos los primeros que los alcanzaron, é fueron tan bien andantes, que cada uno derribó el suyo, é tomaron tamaño placer en aquello, que se metieron por medio de las puertas de la villa, revueltos con los moros. E despues que los moros que salieran por aquella puerta fueron encerrados, é hobieron cerrado las puertas en pos de sí, halláronse dentro con ellos Rinalte Porcellet é aquellos dos sus hijos é su sobrino, é fueron una muy gran pieza por medio de la calle, firiendo é matando en los moros, creyendo que todos

los otros cristianos entrarían por todas las otras puertas de la villa; ca el duque Gudufre lo hobiera acordado de ante noche que ficiesen su arremetida con ellos é los encerrasen por cada puerta, é si pudiesen entrar con ellos de vuelta, que lo ficiesen. Mas no acaesció así á Rinalte Porcellet é á los que iban con él, que ningún cristiano iba en pos dellos que les ayudasen; é desde que los moros se acordaron, é vieron que no eran mas de aquellos cuatro, el almirante que guardaba las torres de la puerta dió grandes voces á los moros que tornasen é que prendiesen aquellos cristianos que tenían en su poder; é esto hacia él, creyendo que eran de los mas honrados de la hueste, por las armas é las coberturas que traían labradas muy ricamente. E los moros, cuando aquello oyeron, tornaron á ellos muy de récio, é dijéronles que se diesen á prision; que bien veían que non podían hacer otra cosa sino ser muertos ó presos; mas ellos no les quisieron responder á ninguna cosa, ante comenzaron á matar é á herir en ellos cuanto mas podían. E los moros, cuando aquello vieron, comenzáronlos á herir é fuéronlos retrayendo hasta que los llegaron cerca de la puerta de la villa. E cuando allí fueron, en ante que entrasen so el portal, echaron cantos de encima de las torres é hirieron de muerte al sobrino de Rinalte Porcellet, é él é sus hijos metióronse so el portal, é tiráronle á sí á él é al caballo, é murió estando allí. E los moros, cuando vieron aquel muerto, esforzáronse mas, é comenzáronlos á herir muy fieramente de piedras é de saetas, mas no que los viesesen á herir á manteniendo. Rinalte Porcellet é sus hijos metíanse so las barbancas de la torre que eran sobre la puerta, é estaban allí defendiéndose, de manera que de arriba non les podían hacer mal, é los de fuera no osaban entrar á ellos; é otrosí, ellos non podían abrir las puertas por las muy grandes cerraduras que tenían, é de otra parte non les daban lugar para poderlas abrir. E sobre eso vino á ellos el almirante que guardaba las torres que eran sobre las puertas, é dijoles que se diesen á prision, é que les haría mucho bien; é Rinalte Porcellet, que había muy gran pesar por el sobrino que le mataran, é estaba con gran saña, dijo al Almirante que no le oía bien lo que él decía; é entonce el Almirante entró dentro en el portal, é Rinalte Porcellet, cuando lo vió, dejóse correr á él el caballo, é fuéle dar tan gran lanzada por medio de los pechos, que gela sacó por medio de las espaldas, é el caballo del moro revolvióse contra la villa é comenzólo á sacar. E Rinalte Porcellet, cuando lo vió así ir, tan gran placer hobo de lo matar, que, creyendo que no lo había herido de muerte, corrió en pos dél, é dióle una gran cuchillada por encima de la cabeza, que toda la espada le metió hasta la nariz, é dió con él muerto en tierra. E allí fueron tantas las saetas é las piedras é los dardos que le tiraron, que le mataron el caballo é quedó á pié, é sus hijos fueron á herir sobre él. E otrosí, matáronles los caballos é hirieron á todos tres muy mal; pero tornáronse á su lugar do ante estaban, los escudos embrazados é las espadas en las manos; é los moros, cuando esto vieron, fuéronlo á decir al rey de Antioca. E él, cuando lo oyó, vino con muy gran gente. E desde que supo la maravilla d'armas que habían hecho, pre-

ciólos mucho en su corazón, é comenzó por buenas palabras de los halagar, é que se diesen á prision é que se tornasen moros, prometiéndoles que les daría grandes tierras é los haría señores dellas, é los casaría con muy hermosas mujeres é de gran linaje. E otrosí, que les daría muy gran haber é que los haría señores de su casa é de toda su tierra; así que, por su consejo haría todo lo que hobiese de hacer. Mas ellos respondieron que todo aquello que non lo tenían en nada, é que non dejaran sus heredades é sus tierras porque veniesen á casar á tierra de moros, ni porque los hiciese él ricos ni les diese heredamientos; mas que desampararan todas las cosas del mundo por servir á nuestro Señor Jesucristo, é querían morir por él en aquella tierra do él sufriera muerte por ellos. Cuando esto oyó el rey Arquiles, hobo muy gran pesar, é quisíeralos hacer matar luego; mas los que con él estaban dijéronle que non lo hiciese, mas que los mandase prender á vida, é que los tovese muy viciosos é los casase mucho honradamente é les hiciese muy grandes mercedes; que non podría ser que los hijos que dellos viniesen no fuesen muy buenos hombres de armas, é aquellos defenderían la tierra para adelante de los cristianos. E el Rey hizolo así como ellos le aconsejaron, é luego mandó armar muchos moros que fuesen á ellos é que no los hiriesen, mas que los prendiesen á vida; é ellos hicieronlo así. Mas antes que los tomasen, hobo algunos de los moros que los prendieron muertos é otros heridos. Pero á la fin prendieronlos por fuerza é trujéronlos al Rey. E cuando los vió, comenzóles á decir que bien veían que eran en su prision é que se tornasen á su ley; que aquel Dios en quien ellos creían non les podía valer, mas que quisiesen creer en Mahoma, que serían ricos é honrados, é que les daría muy grandes heredades é que los casaría con mujeres hermosas; así que, los que de su linaje viniesen serían de los mas honrados é de los mas preciados hombres de todo el señorío de Persia. E Rinalte Porcellet le respondió que esto no harían ellos por ninguna manera del mundo, en dejar su ley por otra, é demás por la de Mahoma, que era toda mentira é falsedad; ca todo lo que por él venía no era sino hacer perder al hombre el amor de Dios; é que ellos non venieran á aquella tierra sino por ganarla, é que non querían hacer cosa por que lo hobiesen de perder. Cuando esto oyeron los moros, dieron todos una voz al Rey, diciéndole que los mandase matar; que ellos eran los que mataran á sus hermanos é á sus parientes, é demás, que denostaban á Mahoma é á su ley. E el Rey estonce mandólos desarmar, por facerlos matar mas sin afán; é cuando fueron desarmados, é los vió grandes é fermosos, é muy bien facionados de todas hechuras que caballeros deben haber para ser apuestos é récios, hobo lástima dellos; é demás, que vió á Rinalte Porcellet que tenía tres heridas grandes, é los hijos sendas; é creyó que aquello que Rinalte Porcellet decía, que era por mengua de seso por las grandes heridas que tenía; é sobre esto rogó á los moros que gelos diesen é que los llevaría á su casa é los curaría, ca bien creía que desde fuesen guaridos que se tornarían á su ley. E los moros otorgáronlelo. E él mandólos llevar á su alcázar, é hizo curar dellos muy bien. E todo

esto que vos contamos de Rinalte é de sus hijos é de su sobrino, no sabían los cristianos de la hueste ninguna cosa, antes los tenían por muertos ó por perdidos, así como ya dijimos, ni pudieron jamás dellos saber, sino por dos moros que prendieron en una arremetida, que hicieron los de la hueste con los de la villa, que salieron á los hombres que levaban las bestias á dar agua, é mataron ya cuantos, é los cristianos alcanzaron muchos dellos, é lanzáronlos por la puerta de la villa, é prendieron aquellos dos moros é trajéronlos á la tienda del duque Gudufre; é ayuntáronse todos los hombres honrados de la hueste, é preguntáronles de la villa, é dijéronles cómo habían gran hambre. E otrosí, supieron dellos cómo fueran presos Rinalte Porcellet é sus hijos, é su sobrino muerto, así como ya oistes; é de cómo el rey de Antioca los hiciera llevar á su alcázar para los curar, é los hijos que eran guaridos, mas Rinalte Porcellet que no era aun sano; é que el Rey cada día les mandaba decir que se tornasen moros, prometiéndoles que les daría muy grandes riquezas é les haría mucha honra, mas ellos respondíanle que no lo harían en ninguna manera; é sobre eso, que les hacía dar muchas penas, creyendo que llevaría dellos muy gran rescate. Cuando esto oyeron los de la hueste, hobieron muy gran pesar por el mal que oyeron que sufrían Rinalte Porcellet é sus hijos; pero placiales, porque creían que los darían por rescate, é que los podrían cobrar; é sobre esto hobieron su acuerdo que trabajasen de los quitar, si gelos quisiesen dar por dinero; é de otra parte hobieron muy gran placer por la gran hambre que dician que había en la villa, é hobieron su acuerdo que rondasen la villa é la guardasen mejor que hasta allí hicieran. E ellos estando en este acuerdo, llególes un escudero que venía de la cibdad de Roax, do era el conde Baldovín, hermano del duque Gudufre, é traía el caballo muy cansado, como hombre que había mucho corrido, é traía una lanza en la mano, mas no traía otra cosa que fuese d'armas. E luego que llegó á la hueste, fué á la tienda del duque Gudufre é saludólo de parte de su hermano, é el Duque preguntóle cómo le iba, é él díjole que bien cuanto á la salud, mas que estaba muy triste, porque bien siete almirantes, con treinta mil caballeros de turcos, le venieran correr, é que levaran cuanto habían hallado fuera de la villa de Roax, é que llegaran tan secretamente, que no supieron dellos parte hasta que los venieran á acometer tan de récio, que hobieran de entrar con ellos vueltos por medio de la villa; pero que los ayudara Dios é que murieran muchos moros dellos de saetas, é dellos mataran en defendiendo las puertas; é que prendieran uno que sabia latín, é que lo subieran al alcázar do estaba el Conde, é que dél supieran todas las nuevas de cómo los moros venían por acorrer á Antioca é por matar é destruir á todos los cristianos; é cómo el Conde, cuando esto oyera, quisiera enviar su embajada á la hueste, mas que todos los que se acertaron á oír aquellas nuevas fueron tan espantados, que ninguno non quisiera venir, sino él, que se apartó por unas huertas, é veniera al correr del caballo cuanto mas pudiera venir; é con todo esto, fuera muerto si la noche no lo partiera; que mas de cien caballeros arremetieran en pos dél por alcanzarle; así que,

bien lo podrían conocer en su caballo que traía, de cuán gran peligro escapara; é como quier que él se aventurase á venir allí por mandado de su señor, mucho lo hiciera por servir á Dios é por guardar á ellos todos de muerte é de recibir gran daño. E el escudero que estas palabras decía era discreto, que, porque creía que los hombres honrados que allí se llegaran por oír lo que él decía cogieran algun espanto, comenzólos á conhortar, diciéndoles: «Señores, como quier que háya dicho que los moros son gran gente, debeislos menospreciar, porque son malos é viles; ca sed ciertos que, fiando en Dios é atreviéndovos en vuestra bondad, uno de vosotros vencerá á ciento dellos, é ciento á diez mil.» Mucho fuépreciado el escudero por aquellas palabras que dijo, ca derechamente se acordaban de las que nuestro Señor dijo á los hijos de Israel, que si ellos bien creyesen en él é hiciesen su mandamiento, que vencerían á sus enemigos; así que, uno dellos pelearía con ciento, é ciento con diez mil. E por ende, les dijo el escudero que les rogaba é les decía, de parte de Dios, que non tovesen á los moros en ninguna cosa; ca desde que con ellos se hallasen, bien conocerían que era verdad todo aquello que él decía.

CAPITULO XLVII.

Cómo vino el mensajero á los de la hueste á decirles que venía el gran gentío, é del sermón que les hizo el noble obispo de Puy.

Razonado había é dicho el escudero aquellas palabras, é todos los hombres honrados que se ayuntaron en la tienda del duque Gudufre estaban callando, que ninguno dijo nada; é el primero que habló fué Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia, é dijo así al mensajero: «Amigo, tú nos has dicho grandes palabras é muchas; mas cata bien que sea verdad lo que dices, que bien ves tú que los que aquí se ayuntaron por oír lo que tú dices, no son hombres á quien debes contar chufas; que ellos se hallarían burlados, é tú rescebirías gran daño.» Entonce dijo el escudero: «Así sería como vos, Señor, decís, si yo mentira alguna contase; mas cierto creed que así es como vos lo dije, é así lo vi con los ojos, é aun mas de cuanto conté, porque es menester que tomeis luego consejo ante que recibais daño dellos.» Estonces respondió el duque Gudufre, é dijo contra Yugo Lomaines que creyese lo que decía el escudero, que él conocía que era de su hermano, é él, que era hombre que no diría sino lo que viesse. Cuando esto hobo dicho el duque Gudufre, don Guillen el Carpenter, que era hombre muy honrado é buen caballero, preguntó al escudero é conjurólo mucho que le dijese verdad, si aquellos moros que él viera, si venían derechamente á Antioca, ó si creía que eran corredores que andaban robando la tierra; é el escudero dijo que sin dubda los viera é robar é tomar enanto hallaban de los cristianos, fuera de los muros de Roax é por toda la tierra en derredor; mas que después los viera venir todos ayuntados, sus señas tendidas, por el camino de Antioca, é según lo que viera dellos, é oyera contar á aquel que prendieran, que bien tenía que querían entrar en la villa ó herir en la hueste. Cuando el escudero esto hobo dicho, el conde de

San Polo, que estaba ahí, comenzó á decir á altas voces contra él así, que todos lo oyeron: «Amigo, bien puede ser verdad lo que tú dices, é mande Dios que así sea, que tan grande gente de moros venga contra nosotros, como tú has dicho; que bien fio yo en la gloriosa santa María, madre de nuestro Señor Jesucristo, que si con nosotros se hallan, que ellos serán vencidos é muertos é presos, é no les valdrá Mahoma, en quien ellos creían, ni arcos ni saetas, de que ellos se saben bien ayudar, que todos non sean destruidos é perdidos, á muy gran deshonra suya.» É este conde de San Polo era padre de don Jarran, é había nombre Eves, é era de muy grandes dias, é había la cabeza tan blanca como la nieve, é era de tan gran corazón, que, cuando oía alguna cosa de hecho d'armas, no podía estar que non dijese grandes palabras é como de amenaza; é él venía de muy buenos caballeros, tan bien de parte del padre como de la madre, de aquellos que antiguamente fueran llamados los lidiadores de Francia. É como quier que él fuese viejo de dias, no lo era de corazón, que no había mancebo que mayor deseo hobiese de oír un buen hecho, que tornase en servicio de Dios ó á gran precio de este mundo; alegre hombre era, de voluntad é de grado daba lo que tenía; hospital era de los caballeros pobres, que todos se acogían á él, é en él hallaban consejo; libro era de los caballeros mancebos, que dél aprendían todo el buen hecho de armas é de guerra, é los hombres ancianos todos hallaban en él buen consejo é buen seso cuando menester les era; mucho era rico en su tierra, é por ninguna cosa no fuera á Ultramar, sino por amor de Dios é honra deste mundo; grande hombre era de cuerpo é bien facionado de sus miembros, é fuerte é valiente; cuanto en la cabeza parecía viejo, mas de otra manera, bien colorado era é récio é muy sano de su cuerpo; aqueste dijo sus palabras, así como ya oistes, en manera de amenaza; mas después les dijo otras como en consejo, mostrándoles que aquellos moros venían mucho esforzados é de luengas tierras, como por razón de salvar sus almas é de ganar fama; é que no podría ser que ante no hobiesen ellos enviado á los de Antioca á les hacer saber cómo los iban á acorrer; así que, los de la cibdad eran ya apercebidos, por lo cual era menester que se guardasen; que si los de fuera veniesen á herir en la hueste, é los de la villa saliesen de la otra parte, no podría ser por ninguna manera que daño no rescibiesen dellos; é por ende, su consejo era que les saliesen al camino é peleasen con ellos ante que se llegasen á la hueste é los vieses los de la villa, é no estarlos esperando en las tiendas, á ellos de la una parte, é á los de Antioca de la otra. Estas palabras les dijo aquel hombre bueno, don Eves, conde de San Polo, do estaban todos en un prado, que habían cabalgado en sus bestias ante la tienda del duque Gudufre. É desde hobo acabado su razón, el buen obispo de Puy, don Aymar, llegó á aquel consejo sobre una gran mula de España, empero no muy hermosa ni gorda, ni la silla ni el freno ricos ni bien pintados, ni los paños que traía parecían de clérigo rico, mas de hombre de gran humildad, é que amaba é temía mucho á Dios; é por ende, lo amaban todos los de aquella hueste, é les plugo mucho con él cuando lo vieron venir; é luego que

llegó, tomáronle todos en medio; é desde él entendió el consejo en que estaban, hízoles su sermón, en que les mostró, primeramente, que ningún hombre no podía bien entender bien la cosa si de raíz no la supiese; é por ende, el hecho en que ellos estaban non lo podían bien conocer si ante non supiesen por qué eran allí venidos; é sobre aquello mostróles que la su venida fuera señaladamente por ensalzar la fe de nuestro Señor Jesucristo, la cual era en creer firmemente que él es Dios segun natura espiritual, é hombre segun natura temporal, porque recibiera carne de la virgen santa María; así que, es verdadero Dios é verdadero hombre; é este ayuntamiento se hizo por Espíritu Santo, de que fuera mensajero el ángel Gabriel, por que hobiera despues de nacer nuestro Señor Jesucristo, sin corrupción de la virgen santa María, del cual nacimiento dieron los ángeles loor á Dios en el cielo, é en la tierra paz á los hombres de buena voluntad; é fueron, otrosí, deste nacimiento testigos los pastores, que guardaban su ganado, cuando lo fueran á loar en el pesebre do estaba, segun que les dijera el ángel; é ese mesmo testimonio dieron las estrellas en el cielo, cuando una guió á los tres reyes de Oriente, que venieron de muy luengas tierras á adorarle, é ofreciéronle sus tesoros muy nobles é de gran misterio: oro, porque era rey; encienso, porque era espiritual; mirra, porque debía morir segun hombre. É como Heródes, que era rey de Judea, cuando los vió, fué mucho airado, porque le dician que iban á buscar un niño que era nacido, que había de ser rey de Hierusalén; é por ende, él hobo deseo de matar aquellos tres reyes; mas por saber de aquel niño dó era, díjoles que fuesen á adorarle, é á la venida, que tornasen por allí, é que él mesmo iría allá con ellos; é esto hacia él por matar á los reyes é al niño; mas nuestro Señor, á quien ellos venieran á adorar, guardólos, é hízoles saber por el ángel que fuesen por otro camino, é ellos hiciéronlo así; é Heródes, cuando lo supo, tóvose por burlado, é con gran saña que hobo, hizo matar cuantos niños halló que eran de la edad de Jesucristo, é fueron ciento é cuarenta é cuatro mil, creyendo que mataría á él entre ellos; é todos estos niños fueron martirizados por nuestro Señor Jesucristo, sin que ningún mal mereciesen; mas non quiso Dios que el su Hijo muriese en aquella sazón; é por ende, envió su ángel á Josef, esposo de santa María, con que le hizo saber que se fuese para Egipto, é que levase el Niño é la Madre, é que se estuviesen allí hasta que él les mandase qué hiciesen. É estuvieron en Egipto hasta que Heródes fué muerto, é despues les dijo el ángel que se tornasen para su tierra; é estonce nuestro Señor Jesucristo hizo muchos miraglos, así como del agua vino á las bodas de san Juan, é sanaba los hombres de todas enfermedades que habían naturalmente; é esto hizo ante que fuese bautizado; mas luego que cumplió los treinta años bautizólo san Juan Bautista en el río Jordan; é luego abriéronse los cielos, é descendió el Espíritu Santo sobrel en figura de paloma, é fué oída una gran voz, que dijo: «Este es el mi Hijo amado, con que mucho me place.» É despues que fué bautizado, ayunó cuarenta dias é cuarenta noches, que nunca comió nin-

bebió; é estando en aquel ayuno, fué tres veces tentado del diablo: la una, en comer; la otra, de vanagloria; la tercera, por cobdicia de tierra é de haber; mas él defendióse de todas, segun la natura que había de Dios; así que, el diablo se partió dél. É de allí adelante comenzó nuestro Señor á predicar é á hacer muchos miraglos maravillosos é sobrenatura, ca él resucitaba los muertos que había tiempo que eran soterrados, é hacia ver á los que nacieran ciegos, é sanaba á los gafos; é demás, dió á comer á cinco mil hombres cuanto quisieron, de cinco panes de cebada é de dos peces asados, é sobraron siete cestos grandes llenos; é otra vez dió á comer á cinco mil hombres, sin las mujeres é los mozos pequeños, de siete panes é de pocos peces, é quedó de relieve doce canastillos llenos; é otra vez dió á comer á muchos millares de hombres cuanto quisieron, de cinco panes é de dos peces asados, é sobró doce espuestas llenas; é lo que era mayor maravilla, entendia las voluntades de los hombres, é respondia á cada uno segun lo que quería decir; á todos daba carrera de salvación, mostrándoles cómo hiciesen bien é se partiesen del mal. É sobre eso, los falsos judíos, por envidia que habían, hiciéronle prender, por un consejo de un falso discípulo, que había nombre Judas, que lo vendió por treinta dineros de plata, é leváronlo ante Anás é Caifás, que eran en aquel tiempo obispos de los judíos; é allí se dejó él deshonrar é herir en muchas maneras, así como de azotes, é de puñadas, é de escopir en el rostro, é despues ponerle en la cruz, é enclavar los piés é las manos, é diéronle hiel é vinagre á beber, é sobre todo aquesto, diéronle una lanzada en el costado, donde le salió sangre é agua. É en tal manera nuestro Señor Jesucristo sufrió muerte por libranos de la muerte perdurable; é cuando la su alma santa se partió de la carne, demostró tres maravillas muy grandes, que otro no las podría mostrar, si no fuese Dios é hombre, como él era, que había poder sobre todas las cosas; é la primera fué en el cielo, cuando hizo el sol é la luna é las estrellas que escuresciesen; la otra fué en la tierra, cuando rompió el velo que estaba en el templo ante el altar, todo de arriba abajo, sin que manos de hombre en él tocasen, é tremió toda la tierra, é fendiéronse todas las piedras, é abriéronse los monumentos, é muchos cuerpos de hombres santos, que en ellos estaban, resuscitaron, é aparecieron despues en Hierusalén, de manera que los vieron. La tercera fué, cuando quebrantó los infiernos, é quitó al diablo el poder que había, é sacó los patriarcas é profetas, é todos los otros que hí yacían por el pecado de Adán, que fué el primero hombre, é levólos á la gloria del su santo paraíso; é el su santo cuerpo precioso, que estaba muerto en la cruz, descendiólo della un caballero, que había nombre Josef, que lo fué á pedir á Pilato, en galardón del servicio que le había hecho; é despues que gelo hobo dado, hizolo untar de unguentos muy odoríferos, é envolviólo en muy ricos paños, é metiólo en un monumento que tenía hecho para sí mesmo, en una su huerta, segun era entonce costumbre de se enterrar los judíos honrados; é puso sobre el monumento una piedra muy grande. É luego los judíos fueron á Pilato, é dijéronle cómo nues-

tro Señor había dicho que resucitaria á tercero dia, despues que fuese muerto; é por ende, que le rogaban que pusiese quien guardase el sepulcro, porque en aquel plazo no lo hurtasen sus discípulos, é dijiesen despues que había resucitado; é Pilato les respondió que ellos, que lo acusaran é lo tenían muerto, que lo hiciesen guardar. Estonce enviaron los judíos á un hombre honrado con cien caballeros, que guardasen el monumento; é esto fué el viérnes, mas cuando vino el domingo de mañana, allí demostró nuestro Señor Jesucristo su gran poder; é como era Señor del cielo é de la tierra, cuando el alma se ayuntó con la carne é resucitó de muerte á vida, en aquella hora tremió toda la tierra, é descendió el ángel del cielo, é revolvió la piedra que estaba ante la puerta del monumento, é la otra que lo cubria, é asentóse sobre ella; é las vestiduras de aquel ángel eran mas blancas que la nieve, é su vista así como llamas de fuego que arde; é por el miedo que hobieron los que guardaban el monumento, cayeron en tierra así como muertos. En aquella hora venieron las tres Marías con sus unguentos para untar el cuerpo de Jesucristo, pensando que se dañaria, así como de los otros muertos; é el Ángel les dijo que aquel que ellas buscaban, que resuscitara é non era allí; é despues desto, apareció á santa María Magdalena, que venia llorando al monumento, é otrosí apareció á los dos discípulos que iban á un castillo que llamaban Emaus, é hízoles entender todas las escrituras que dijieran dél los patriarcas é los profetas; é sin esto, apareció á san Pedro é á san Juan é á Santiago, que andaban pescando, é hízoles tomar muchos peces mas que ante habían tomado, é bebió con ellos, porque creyesen ser verdadera la su resurrección; é despues apareció otra vez á todos sus apóstolos, diciéndoles que hobiesen paz, é mostrándoles el poder que á él era dado en el cielo é en la tierra; é mandóles que predicasen é enseñasen á las gentes creer; é despues, á cabo de ocho dias, aparecióles otra vez, estando todos ayuntados en una casa, é entró dentro, seyendo las puertas cerradas, é díjoles que hobiesen paz; é porque santo Tomás no estaba con ellos la primera vez que lo vieran, é despues, cuando gelo dijieron, dudaba que non era así, nuestro Señor quiso que lo viese, é amostróle las llagas de las manos é de los piés é del costado, é hízole que metiese los dedos en ellas, diciendo que bienaventurado era el que lo viera é lo creía, mas que mejor les seria á los que no lo viesen, é creyesen en él; é despues desto, á cabo de ocho dias aparecióles en Galilea, do estaban todos comiendo, é comió con ellos, porque había algunos que, aunque lo vieran despues que resuscitara, no creían que él era; é mandóles estonce que fuesen por todas las tierras predicando el su evangelio, é el que creyese é fuese bautizado, que seria salvo, é el que non creyese, que seria perdido; é dióles poder de ahuyentar los diablos é sacarlos de los hombres, é dióles poder sobre toda ponzoña que, maguer la bebiesen, non les hiciese ningún mal; é otrosí les dió poder de sanar los enfermos con solo que pusiesen las manos en ellos; é despues que esto hobo hecho, salieron al monte Oliveti, é rescebiéronle las nubes, é alzáronle de la tierra, é subieronle á los cielos á vista de todo el pueblo; é des-

pues, á cabo de once dias, estando todos ayuntados en una casa, envió el Espíritu Santo sobre ellos, en forma de llamas de fuego, é hízoles entender todos los lenguajes, é dióles esfuerzo porque podiesen predicar sin ninguna duda, por todo el mundo, lo que él les mandase; é él está en los santos cielos á la diestra parte del su Padre, é verná á juzgar á los vivos é los muertos á la fin del mundo, é dará á cada uno galardón segun su merecimiento; é esta es la fe de nuestro Señor, é la creencia verdadera por que creemos ciertamente de ser salvos é perdonados de todos nuestros pecados, seyendo dellos bien confesados, é arrepintiéndonos de buen corazón, é creyendo firmemente que por esto entraremos en la gloria de paraíso, la que él tiene aparejada para dar á sus amigos. Por la cual habemos dejado nuestras tierras é nuestros parientes, é todo cuanto habemos, é somos aquí venidos por ensalzar aquesta fe, é para morir sobre ella, si menester fuere, é para destruir aquellos que no la quisieren creer; por que vos ruego é vos aconsejo que no temais á estos moros, ni los dejes á mucho allegar á vos; mas que los vayais á acometer ante que vos ellos acometan; é como quier que yo sea hombre de orden, é non vos sepa bien ayudar con mis manos, todavía moriré con vosotros, si menester fuere, é non me partiré de vos.» Cuando el obispo de Puy hobo su sermón acabado, el conde Ruberte de Flándes, que estaba sobre un gran caballo ruano, é era vestido de unos paños de escarlata, saya é capa, hecho á la manera de Francia, é como era gran caballero é hermoso é mucho apuesto, é muy grande el caballo en que estaba, é parecia bien que era hombre de armas é de hacer grandes hechos, é que debía ser bien creído el consejo que él diese; é por ende, cuando hobo de comenzar su razón, dió las espuelas al caballo en que estaba, é cogió las riendas, é hízole saltar en medio de un gran corro, do todos estaban en derredor, é comenzó á decir á altas voces, que todos lo oyeron: «Señores, aquí no son menester luengas razones, ni detardar mucho este consejo, que el tiempo se pasa, é sabemos ciertamente que non nos esperarán; é por ende, es menester que vamos en pos dellos, porque, si mucho tardáremos, perderemos este hecho; é lo que agora podríamos hacer á nuestra pro, tornárenos-hía despues en daño, é non conviene que estemos escuchando luengas razones; mas vámonos cada uno á nuestras posadas, é fagamos de manera que esta noche salgamos de aquí, é en nombre de nuestro Señor Jesucristo combatámonos con aquellos moros, ca bien he esperanza en él que los venceremos; é si estos bien escarmentamos, non querrán los otros tan á menudo venirnos á ver, é desta manera habrémos este hecho acabado, é ganáremos á Antiocha é á Hierusalén, é toda la otra tierra que los moros tienen contra Dios é contra derecho.» Cuando el conde de Flándes esto hobo dicho, Jufre, el conde de Rosillon, que era muy buen caballero é mucho amado de todos los de la hueste, rogó á todos que le oyesen, é dijo su razón en tal manera: que él otorgaba todo lo que el conde de Flándes decía, porque le parecia que era lo mejor; é mostróles que si ellos detardasen, que non fuesen á lidiar con los moros, é los esperasen hasta